

## Cervantes, el Quijote y Barcelona (Hipótesis de una estancia barcelonesa de Cervantes en 1571)

CARME RIERA\*

No cabe duda de que la vida de Cervantes, pese a los esfuerzos de sus biógrafos, sigue poblada de zonas oscuras y que lo más probable es que esas zonas oscuras permanezcan por los siglos de los siglos faltas de la luz que nos permitiría conocer aspectos sobre los que únicamente podemos trazar conjeturas. Incluso los documentos que poseemos y en los que se sustenta, en gran parte, la biografía cervantina no son siempre fiables ni pueden tomarse al pie de la letra. Hoy, por ejemplo, es de público dominio que Leonor de Cortinas, madre de nuestro autor, se hace pasar por viuda con la intención de que su solicitud de ayuda para el rescate de sus hijos surta mayor efecto cuando consta que su marido no muere hasta 1585<sup>1</sup>. También éste, a su vez, trata de buscar aquí y allá subsidios y avales para poder rescatar a sus hijos del cautiverio de Argel. Así, a petición suya, el 29 de noviembre de 1576 Antonio Marco atestigua que no sólo Miguel sino también Rodrigo “ha sido estropeado en la mano izquierda” de un arcabuzazo,<sup>2</sup> aunque no conste después de la liberación de Rodrigo

\* Universidad Autónoma de Barcelona.

1. En la “Carta de obligación y fianza de doña Leonor de Cortinas para presentar dentro de un año testimonio del rescate de Rodrigo de Cervantes y Miguel de Cervantes” Vid. K. SŁIWA, *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Eunsa, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1999, pp. 45-46.

2. “Ampliación de la información pedida por Rodrigo de Cervantes sobre el cautiverio de sus hijos Rodrigo de Cervantes y Miguel de Cervantes” recogida en K. SŁIWA, Op. cit., pp.46-47 Igualmente se hace referencia a que “a uno de ellos le cortaron una mano y al otro mancaron” en la “Cédula real concediendo a Leonor de Cortinas sesenta escudos para la ayuda del rescate de sus hijos Rodrigo de Cervantes y Miguel de Cervantes”. Op. cit. p. 47.

que Lepanto haya producido idénticas secuelas en los dos hermanos<sup>3</sup>. Las heridas en la batalla naval le hubieran permitido a Rodrigo acceder al grado de soldado aventajado mucho antes, pero esa consideración no se le otorga hasta 1583, después de la Campaña de las Azores. Igualmente a petición del padre de los Cervantes, y después de haber conseguido la liberación de Rodrigo, comparecen ante el escribano Francisco de Yepes, en Madrid, entre el 17 de marzo y el 4 de abril de 1578, cuatro testigos para probar que el comportamiento de Miguel, como soldado, ha sido ejemplar.<sup>4</sup> Después de dar fe de que éste es hijo legítimo de Rodrigo Cervantes y Leonor de Cortinas, limpios de sangre, de que su padre es hidalgo y pobre, los cuatro atestiguan que el ahora cautivo ha servido al rey durante diez años, aunque al parecer fueron algunos menos, y que, a consecuencia de su valor, ha perdido la mano izquierda de unos arcabuzazos que también le han herido en el pecho. A pesar de que bien hubiera podido excusar combatir, ya que se encontraba enfermo y con calentura en la jornada de Lepanto, fue su sentido del deber lo que le llevó a pelear. Dos de los testigos, Mateo de Santiesteban y Alonso de Carlos, aseguran haber contemplado la escena en que el mismo capitán, Diego de Urbina, que habría de morir en el combate, y otros amigos le instaron a que no saliera a cubierta que permaneciera abajo, en la cámara<sup>5</sup>. Un tercer testigo, Antonio Godínez de Monsalve, que no lucha en Lepanto, asegura haberle visto en Túnez como buen soldado, y el cuarto, Beltrán del Salto, afirma que ha oído decir a capitanes y soldados que Cervantes combatió en Lepanto y que por

3. En "El poder y cesión de Miguel de Cervantes en favor de Constanza de Figueroa, dado en Madrid el 11 de Octubre de 1610" se asegura que a "Rodrigo de Cervantes le mataron en el servicio de su Magestad en la jornada de las Dunas el año pasado de seiscientos y uno -dada la fecha de la firma del documento en 1610, tendría que ser 1609, de lo que se deduce que se invierten los números finales 10, en vez de 01- en los Estados de Flandes. Op. cit., p.347 La misma fecha de 2 de julio de 1601 consta en el testamento de Magdalena. Op. cit., p.346. Sin embargo está documentado que la batalla de las Dunas, ganada por Mauricio de Nassau, tuvo lugar el dos de julio de 1600.

4. Se trata de los testimonios de Mateo de Santiesteban, alférez de la compañía del capitán Alonso de Carlos, del también alférez Gabriel de Castañeda, de Antonio Godínez de Monsalve y de Beltrán del Salto. Vid. Op. cit. pp 49-55.

5. El primer testigo, Mateo Santiesteban afirma que pertenece a la misma compañía, la de Diego de Urbina y da testimonio de que Cervantes sirvió en la batalla de Lepanto, donde le inutilizaron la mano y le hirieron en el pecho y asegura que él mismo, igual que su capitán y otros muchos, le instaron pues "estaba enfermo con calentura que se quedara abaxo en la cámara de la galera" y que Cervantes respondió "que qué dirían dél, e que no hacía lo que debía, e que más quería morir peleando por dios e por su Rei, que no meterse so cubierta, e que su salud" Igualmente, el segundo testigo, Gabriel de Castañeda, da cuenta del valeroso comportamiento de Cervantes, citando textualmente las palabras de éste, cuando su capitán y otros amigos, viendo que estaba malo con calentura le dijeron " que no pelease e se retirase e baxase debaxo de cubierta de la dicha galera, porque no estaba para pelear y entonses bió este testigo que el dicho Miguel de Cervantes respondió al dicho capitán y a los demás: señores en todas las ocasiones que hasta oi en día se han ofrescido de guerra a su magestad y ansí agora no haré menos, aunque esté enfermo e con calentura, mas vale pelear en el servicio de Dios e de su magestad e morir por ellos que no baxarme so cubierta" Op. cit. p. 51 y p. 52.

haberlo hecho tan bien don Juan de Austria le había acrecentado con cuatro ducados más de paga<sup>6</sup>

Aunque no es mi deseo poner en duda el valor y arrojo del soldado Miguel de Cervantes, que, por supuesto, le supongo, sí quiero señalar que los testimonios de su heroicidad –que queda un poco en el aire, puesto que el capitán de la Marquesa ya no vive– eran muy convenientes para que las autoridades se sintieran impelidas a poner los medios necesarios para redimirle, de manera que su padre, el pobre Rodrigo de Cervantes, debió de suplicar a los testigos, con lágrimas y quizá con dádivas, para que dieran fe de un comportamiento acorde con la ocasión, “la más alta que vieron los siglos.” De este modo se refieren a la batalla diversos documentos de época, como ha visto muy bien Francisco Javier Campos,<sup>7</sup> concretamente en una serie de relaciones escurialenses, de manera que Cervantes cuando en el prólogo de las *Novelas Ejemplares* aluda con orgullo a su intervención en la batalla la denominará, como probablemente era costumbre, “la más memorable y alta ocasión que vieron los siglos.” Y en el prólogo de la Segunda Parte del *Quijote*, en contra de los reproches de Avellaneda sobre su manquedad, enfatizará aún más la afirmación: “La más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperan ver los venideros.” Nuestro escritor se valdrá así de una expresión tópica y casi lexicalizada que le evitará tener que encarecer de manera personal la batalla para añadir a continuación que en ella fue herido sin aludir en absoluto a su comportamiento valeroso, que, andando el tiempo, muchos llegarían a considerar heroico. Esa heroicidad cervantina, por otro lado, se avendría muy bien con la ejemplaridad que muchos españoles habrían de demandar después al gran clásico nacional español, cuya sola obra podía consolarnos de todas las desgracias patrias. De ahí que las declaraciones de los testigos de la valentía del soldado Cervantes fueran tomadas al pie de la letra y aireadas a los cuatro vientos y, en cambio, otros documentos, los referentes a la pendencia con Sigura, o los que le relacionan con Ezpeleta, pasados a veces por alto o puestos en tela de juicio.

A estas alturas, sin embargo, a la inmensa mayoría de cervantistas no les duelen prendas en considerar que la humanidad de Cervantes, y no su pseudo-divinidad, nos puede ayudar no sólo a comprender más cabalmente su vida llena de claroscuros, sino incluso a interpretar mejor sus textos. La consulta directa de los documentos es, en este sentido esencial; sin embargo, se da la paradoja de que tampoco podemos tomarlos como dogmas de fe. No está claro, por ejemplo, que la famosa orden de búsqueda y captura contra Miguel de

6. Vid. SLIWA, Op. cit., pp. 53 y 55.

7. Francisco Javier CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, “Cervantes, Lepanto y El Escorial.” (Nueva interpretación de la historiografía clásica sobre la relación existente entre la batalla naval y el Monasterio a la luz de los documentos de la época y del propio testimonio de Cervantes) en *Volver a Cervantes*. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, Lepanto, 1/8 de octubre, 200 Universitat de les Illes Balears, Palma, 2001, pp. 4-24.

Cervantes por su reyerta con Sigura, que ha justificado su precipitado viaje a Italia y posteriormente la petición del documento de limpieza de sangre, le concierne a él, como ya se ha advertido de sobra, sino a un homónimo. Si Cervantes no tiene que huir a Italia, si es otro el pendenciero espadachín condenado, es muy posible que se encamine a Roma –de cuya estancia sabemos, además de por la información que su padre se apresta a obtener a petición suya “estante en corte Romana,” en diciembre de 1569, por sus referencias a Aquaviva, en el Prólogo de la *Galatea* (1585)– sin los apremios de quien es perseguido y, en consecuencia, pueda detenerse en Barcelona. Si, por el contrario, la orden de alejamiento tiene que ver con su persona, es poco factible que permanezca en la ciudad catalana más que lo justo, como ha apuntado certeramente Martín de Riquer,<sup>8</sup> para quien el viaje a Barcelona tuvo lugar mucho más tarde, en 1610<sup>9</sup>. Según Riquer, Cervantes tenía la intención de pedirle al conde de Lemos, que, rumbo a Nápoles de donde había sido nombrado virrey, hubo de hacer escala en la ciudad catalana entre el 5 y el 10 de junio de ese año, que le llevara en su séquito. Aunque tampoco la hipótesis del maestro Riquer, basada en referencias cervantinas sacadas del *Viaje del Parnaso*, alusivas a los Argensola<sup>10</sup>, pueda de momento, dejar de serlo. Nada prueba que Cervantes fuera en 1610 a Barcelona ni que lo hiciera para entrevistarse con Lemos, a quien hubiera podido intentar ver antes en la Corte, sin necesidad de viajar a la Ciudad Condal. El hecho de que Suárez de Figueroa cuente en el alivio VIII de *El Pasajero* que el Doctor fue a Barcelona para tratar de entregar en vano a un inaccesible Lemos una obra que quería dedicarle<sup>11</sup> de poco sirve para afianzar la posibilidad de que Cervantes, que entonces contaba 62 años, viajara a Barcelona. No obstante, diversos detalles alusivos a Cataluña y a Barcelona, como son las cuatro galeras de la Generalitat que se completan en 1609, o el protagonismo otorgado a Perot Rocaguinarda, que en 1610 andaba todavía salteando caminos, puesto que no es hasta el 30 de julio de 1611 cuando se le concede el indulto, llevan al sabio profesor a postular una posible estancia barcelonesa del autor del *Quijote*, entre junio y setiembre de 1610. Sin embargo, otros datos omitidos o confundidos como la referencia al cuartelbo o general de las galeras que no era “un principal caballero valenciano” sino Ramon d’Oms y de Calders, servirían también de argumento contrario. Además considero que la inclusión de la figura de Rocaguinarda, ya mencionado en *La cueva de Salamanca*, tiene que ver con el aprovechamiento de un personaje popular como lo era el bandolero catalán, cuya fama había traspasado las fronteras de Cataluña, para insuflar así un aire nuevo y más próximo a situaciones tratadas ya con anterioridad en *La Galatea* o en *Las dos doncellas*. De

8. *Para leer a Cervantes*, Acantilado, Barcelona, 2003, especialmente pp. 301-303.

9. Op. cit. pp. 359-378.

10. *Viaje del Parnaso*, En el Capítulo III, entre los versos 163 a 195. Cito por la edición de Rivers, Espasa Calpe, Madrid, 1991.

11. Op. cit. p. 372.

manera que, a mi juicio, el hecho que Cervantes estuviera al corriente de la existencia de Perot no implica que hubiera visitado Barcelona en 1610. Tampoco debemos pasar por alto, como el propio Martín de Riquer apunta, que “Cervantes, al redactar el *Quijote*, no está escribiendo una relación histórica, ni una crónica sino una obra de ficción que no obliga a ser fiel a todos los detalles de la realidad.”<sup>12</sup> En consecuencia, puede hacer con ella cuanto le venga en gana, manipulándola a su antojo, como creador que es<sup>13</sup>.

Ya que nos movemos en el terreno de las hipótesis, quisiera apuntar aquí otra posible estancia barcelonesa que no me parece en absoluto descabellada aunque tampoco tenga pruebas documentales que me permitan sustentarla: Cervantes pasa por Barcelona en 1571. Tanto si aceptamos que Cervantes fue a Roma, porque allí no podía ser extraditado ni castigado, como si pretendió ir a estudiar, como señala José Manuel Bailón<sup>14</sup>, o simplemente que se dirigió a la Ciudad Eterna con el ánimo de ampliar horizontes y medrar, ya que podía contar allí con el aval de su pariente el cardenal Cervantes, su pista se pierde. Entre diciembre de 1569, fecha de la información de limpieza de sangre en la que se nos dice que está en la Corte Romana, y octubre de 1571 en que le encontramos combatiendo en Lepanto, no sabemos nada de él. Los cervantistas suponen que pasa todo el año 1570 y parte del 71 en Italia, y no es hasta enero del 72 cuando su nombre aparece en las listas de soldada del ejército de Felipe II, como recuerda Canavaggio<sup>15</sup>. Creo que hay que considerar, no obstante, la posibilidad de que regresara a España a finales de 1570 o principios del 71. Al obtener su padre en 1569, a petición de Miguel, un certificado en el que se probaba que su familia era tenida por hidalga<sup>16</sup>, podía volver sin temor a que le dejaran manco, puesto que los hidalgos, por ley, estaban exentos de ser sometidos a tormento. Podía ir, eso sí, a la cárcel, pero tal eventualidad no debía de ser un impedimento grave puesto que no le obstaculiza regresar en 1575, antes de que hayan pasado diez años, fecha límite de su destierro. Por

12. Op. cit. p. 325.

13. Buen ejemplo es la utilización del bandolero Rocaguinarda, transformado en Roque Ginart que, en 1614, ya se encontraba fuera de Cataluña.

14. José Manuel BAILÓN BLANCAS, “Pasos perdidos de Cervantes en Italia (1568-1570)”, en Alicia Villar Lecumberri Ed. *Cervantes en Italia*, Décimo Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas X-CIAC, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001 pp. 35-41.

15. Jean CANAVAGGIO, “Cervantes y Roma” en Alicia Villar Lecumberri Ed., *Cervantes en Italia* Décimo Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas, X-CIAC, Asociación de Cervantistas, Palma de Mallorca, 2001 pp. 53-63.

16. MÁRQUEZ VILLANUEVA apunta que “el documento no es en absoluto una prueba de limpieza ni acredita sino, en todo caso, lo contrario. No era el expediente habitual, originado por una orden militar, colegio mayor, cabildo catedralicio etc. y que suponía una investigación judicial en regla. Vid el capítulo “La cuestión del judaísmo de Cervantes” p. 156, *Cervantes en letra viva*, Reverso, Barcelona, 2005, donde remite a la investigación de Ellen LOKOS “The Politics of Identity and the Enigma of Cervantine Genealogy” en *Cervantes and His Postmodern Constituencies*, A. J. Cruz y C. B. Johnson, eds., Nueva York y Londres: Garland Publishing, 1999, pp. 116-133.

eso, quizá, cabría considerar que Cervantes no se enrola en Italia, como suele afirmarse, sino en España y, de ser así, pasa por Barcelona, junto a su hermano Rodrigo, con las tropas que habrían de combatir en Lepanto que, al mando de don Juan de Austria, embarcaron en Barcelona. Consta documentalmente que fue arcabucero de la compañía de don Diego de Urbina, del Tercio del catalán Don Miguel de Montcada. Y sabemos que ese Tercio, tras combatir contra los moriscos de las Alpujarras, se recompuso en Barcelona, de donde zarpó el 11 de julio de 1571. Eso explicaría que el día de San Juan de 1571, a cuya fiesta aludirá después en el *Quijote*, estuviera en Barcelona y así mismo se encontrara ya en la Ciudad Condal el día 16 del mismo mes, en que don Juan de Austria fue recibido por las autoridades locales, tal y como consta en el *Dietari del Antich Consell Barceloní*:

En aquest dia tenint havis los magnífichs consellers com lo excellentissim don Joan de Austria germa del senyor rey venia en la present Ciutat ordenaren que dos promens acompanyats de una possta anassen a visitar lo alla hont lo trobarian per lo cami y li fessin saber la alegria la Ciutat te da sa venguda y per saber dell a quina hora volia entrar y mes ordenaren que fossen aparellades XXIII antorxes si era vespre y mes feren convidar los Cavallers y Ciutedans y consols de mar, e axi applegats en lo pati de la present casa apres que saberen per la posta la qual havien ramesa los embaxadors la hora de la entrada, agruats pertiren de la present casa a cavall y tiraren un poch mes enlla de la creu Cuberta, e de aqui quant descubriren lo dit señor don Joan se appegaren envers ell, e a cavall li feren lo aca(ta)ment y recibiment degut lo qual fet lo conseller en cap se posa a la sua squerra e lo virrei que ab ell venia porque li era aixit bontros enlla se posa a la dreta dell y així sen vingueren, e entrant per lo portal de sanct Anthoni destiraren unas pessos de artilleria las quals per orde dits consellers estaven allí apparelladas, e respongueren les del rey de la drassana y apres quan fonch devant la drassana tornaren a tirar les del rey y tota la artilleria de la Ciutat respongué, e axí li feren bona salva, e lo acompanyaren fins a la posada sua, la qual lo dit virrey li tenia apparellada en lo carrer Ampla en casa del almirant de Napolis, e de aqui dits consellers sens entrar en la dita posada apres de ser despedits de ells sen vingueren en la present casa y de aqui se desaplegaren<sup>17</sup>

Si he traído a colación el texto es porque se trata la descripción de una entrada real, en cuyo cañamazo está urdida, al modo paródico, la entrada de don Quijote en Barcelona, como ya vio con acierto Anthony Close<sup>18</sup>. A la

17. *Manual de Novells ardots vulgarment apellat Dietari del Antich Consell Barceloní*, Imprempta de Henrich y Companyia, en comandita, Barcelona, 1896, pp. 120-121.

18. "Fiestas palaciegas en la segunda parte del Quijote", *Actas del Segundo Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Anthropos, Barcelona, 1991 pp. 475-484.

entrada de don Juan, seguirá pocos días después, el 25 de junio, la de sus sobrinos los Archiduques de Austria Rodolfo y Ernesto,<sup>19</sup> a los que su tío llevará a visitar la galera real para agasajarles. Quizá parodiando esa visita quiso Cervantes que don Quijote se embarcara también en la capitana en el capítulo LXIII de la Segunda Parte.

Desde los días de Lepanto hasta los de su muerte, Don Juan de Austria<sup>20</sup> seguirá siendo un referente para Cervantes, y aunque el tiempo haya ido convirtiendo en aún más borrosa la imagen del príncipe, tal vez sólo contemplada de lejos en alguna ocasión, ahora, a la vuelta de tantas cosas, a finales del verano de 1614, mientras deja correr la pluma sobre el papel, atacado por creciente melancolía, fastidiado por la continuación de Avellaneda e increpado por Robles para que de una vez por todas termine su historia, no vaya a ser que el éxito del *Quijote* apócrifo merme las ventas de la verdadera continuación, quizá la imagen de la entrada del hijo de Carlos V en Barcelona polarice su atención. En consecuencia, me parece que no resulta disparatado considerar que, al tratar de enderezar el rumbo de su novela y desestimar Zaragoza, escoja Barcelona y no otra ciudad mediterránea porque eso le permite acudir a su memoria y no a su imaginación. Memoria, en primer lugar, de sus propios textos: no olvidemos que los capítulos catalanes están urdidos sobre materiales por el mismo trillados casi treinta años atrás puesto que en *La Galatea*<sup>21</sup> se alude a Cataluña como una tierra peligrosa, dominada por bandoleros y acechada de continuo por los corsarios. Ambos aspectos fundamentales después en la Segunda Parte del *Quijote*, generan a su vez en paralelo la historia de Claudia Jerónima y la más extensa y enjudiosa de Ana Félix y nos ofrecen las dosis de aventuras reales necesarias para que don Quijote se convierta, sobrepasado por los acontecimientos, en un mero espectador. Cervantes, en consecuencia, se sirve del episodio catalán de *La Galatea* que ha retomado en *Las dos doncellas*<sup>22</sup> para amplificarlo en el *Quijote*. Así pudiera asegurarse que el plan de los capítulos barceloneses se traza, pues, en buena medida, atendiendo a las obras anteriores y lo que se añade, la parodia de una

19. *Manual de Novells ardots vulgarment apellat Dietari del Antich Consell Barceloní*, Imprempta de Henrich y Companyia, en comandita, Barcelona, 1896, p. 121.

20. Quiero hacer notar que el nombre Don Luis de Quijada a quien el emperador encomendó la educación de su bastardo, Jeromín, luego, don Juan de Austria, guarda relación con uno de los atribuidos a nuestro hidalgo en el capítulo I., y, también, en consecuencia, como tantas veces se ha observado, con el Quijada de Esquivias, pariente de la mujer de Cervantes.

21. Se trata del conocido episodio de Timbrio y Silerio del Segundo libro de *La Galatea*, pp. 274-282. *La Galatea*, ed. de Francisco López Estrada y María Teresa López García-Bordoy, Cátedra, Madrid, 1995.

22. Las similitudes que pueden establecerse entre *La Galatea* y *Las dos doncellas* tienen que ver con los dos núcleos que sustentan los episodios catalanes en la novela pastoril y en la ejemplar: los consabidos bandoleros, son trasladados de la salida de Perpiñan (*La Galatea*) a un bosquecillo cercano a Igualada; del mismo modo que de la incursión pirata en *La Galatea* se pasa al enfrentamiento entre gentes de las galeras y ciudadanos barceloneses en *Las dos doncellas*.

entrada real, con la consiguiente bienvenida y los festejos privados y públicos organizados en honor de don Quijote por don Antonio Moreno, tiene que ver con recuerdos cervantinos. Aunque Cervantes no fuera testigo de la entrada de don Juan de Austria en Barcelona, seguramente contemplaría otras visitas de personajes ilustres en Nápoles, Sevilla, Valladolid o Madrid, por otra parte, la relación de los agasajos de bienvenida a los grandes andaba hasta en pliegos sueltos. En cuanto a la cabeza encantada, parece ser que Cervantes la toma de Girolamo Cardamo<sup>23</sup> y por lo que respecta la imprenta, su conocimiento no podía ser más directo, más aún si realizó para Robles trabajos de negro, como apunta Rico<sup>24</sup>.

La intertextualidad de los propios escritos, la memoria y la experiencia sustituyen, a mi modo de ver, a la invención. Cervantes tiene prisa por acabar la Segunda Parte del *Quijote* y le resulta más fácil, como a cualquier escritor, echar mano de lo conocido que urdir en su imaginación nuevas aventuras. Los mecanismos de la creación, pocas veces tenidos en cuenta por los eruditos, nos permiten, me parece, sustentar al menos esa posibilidad. Por eso considero que al buscar una alternativa a Zaragoza, que no le cueste esfuerzo pergeñar, la mejor es Barcelona. José María Micó ha documentado no ha mucho “que en los poemas caballerescos la playa barcelonesa era un escenario previsto para un duelo largamente esperado entre Rinaldo y Gradaso y tanto Boiardo como Ariosto mencionan el lugar”<sup>25</sup> y que ese es un motivo más para escoger Barcelona. Podríamos añadir que influyen en tal decisión los hipotéticos recuerdos barceloneses de Cervantes, la estancia juvenil que yo sitúo en 1571, a la que puede sobreponerse la posterior, en 1610, como quiere Riquer, ambas durante el mes de junio, otra coincidencia que refuerza que la alusión a la fiesta de San Juan sea tan importante y que incluso impregne, a mi juicio, con un cierto halo mágico los episodios barceloneses, aspecto que no empece en absoluto el aire burlesco que los caracteriza y sobre el que han insistido desde Monique Joly<sup>26</sup> a Anthony Close<sup>27</sup>.

La llegada a la playa de don Quijote y Sancho, precisamente la noche de San Juan, tantas veces reiterada en la tradición lírica, no puede dejar de recordarme el comienzo de la *Faula* de Guillem de Torrellas (So fo·l mayti de Sant Johan,/que·l temps fon clar e l'alba pura,/quavalquey sols vas la merina,/al

23. Vid. *Don Quijote de la Mancha*, volumen complementario, Ed. de Francisco Rico, p. 629, 1135.11, Instituto Cervantes, Crítica, 1998.

24. Ed. cit. “Historia del texto” p. CC.

25. José María Micó, *Don Quijote en Barcelona*, prólogo, p. 29. Ediciones Península, Barcelona, 2004.

26. Monique JOLY, “Las burlas de don Antonio. En torno a la estancia de don Quijote en Barcelona”, *Actas del Segundo Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Anthropros, Barcelona, 1991, pp. 71-81.

27. De modo especial, en la conferencia de apertura “La comicidad del episodio barcelonés” del congreso El Quijote, Cervantes y Barcelona 7, 8 y 9 de abril de 2005, aún no recogida en las *Actas*.

port de Santa Caterina/car en la val de Soller fo). Guillem de Torroella cuenta en su bellissimo poema lo que le ocurre a un caballero mientras pasea por la playa de Sòller en la isla de Mallorca un 24 de junio. La literatura occidental ha sido pródiga en enlazar la festividad de San Juan que coincide con el solsticio de verano con el aura del prodigio, tal y como sucede en el bello romance del conde Arnaldos. Hay también, a mi entender, algún aspecto prodigioso en la llegada de don Quijote “por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas” hasta las puertas de Barcelona, acompañado por Roque Guinart. Y ese finísimo cendal de prodigio les sigue envolviendo en la playa cuando asoma la aurora y oyen las chirimías y atabales, ven el mar por primera vez y contemplan las galeras.<sup>28</sup> No es necesario insistir hasta qué punto todo ello constituye para dos hombres de tierra adentro, como son don Quijote y Sancho un espectáculo magnífico y nunca visto ante el que, desde una perspectiva actual, tendemos a observarles admirados y boquiabiertos, aunque a Cervantes le tenga sin cuidado hacer hincapié en la circunstancia. Las celebraciones de la fiesta de San Juan en la ciudad continúan después de que don Quijote y Sancho hayan sido alojados por don Antonio Moreno lo que permite pensar a don Quijote, que desde el balcón las contempla, que se realizan en su honor. Al fin y al cabo el verdadero personaje, no el falso, no el apócrifo bien merece tales agasajos. Sus aventuras son conocidas por muchos catalanes, de Roque Guinart a don Antonio Moreno, por haberlas leído en la Primera Parte y quizá también en la continuación apócrifa, como se deduce de las palabras de bienvenida que le dedica el avisado del bandolero, que no es otro que Moreno:

Bien sea venido a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene; bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha, no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado” (II, LXI)

Entiendo que la aparición de ese personaje salido de las páginas de un libro, que va a convivir durante unos días con los barceloneses de carne y hueso, sin duda vale el simulacro del homenaje que estos le rinden pues nunca antes les había ocurrido una cosa así. Cervantes sabe que por San Juan suelen suceder, como quiere la tradición, cosas extraordinarias aceptadas como ordinarias precisamente por acontecer bajo el influjo de la celebración. Una celebración, por otra parte, íntimamente ligada al amor, un aspecto que nuestro

28. Esa llegada de una aurora marítima ya se describía en el Canto I del *Viaje del Parnaso*, aunque de un modo más sintético: Cuando entraba en el puerto, la hermosa/Aurora por las puertas de Oriente/salía en trenza blanda y amorosa, /oyose un estampido de repente,/haciendo salva la real galera,/que despertó y alborotó la gente./El son de los clarines la ribera/lleñaba de dulcísima armonía,/y el de la chusma alegre y placentera.

autor tampoco olvida, al contrario. En la misma playa barcelonesa de tan buenos augurios don Quijote será vencido por el caballero de la Blanca Luna, aunque, a mi juicio, no derrotado, ya que es el amor por Dulcinea el que va a salvarle, permitiendo que recupere la grandeza que ha ido perdiendo desde que salió de la cueva de Montesinos y que los episodios catalanes no han hecho más que intensificar. Ante Roque Guinart don Quijote parece disminuido, casi mermado, como apunta Martín de Riquer,<sup>29</sup> y su valentía en la escaramuza naval de Barcelona deja mucho que desear; no obstante el amor por Dulcinea salva definitivamente a don Quijote. Quizá Dulcinea, hija de la imaginación de don Quijote, amante incestuosa, en consecuencia, ha sido sólo creada para salvarle. Su amor no es, pues, inútil. Todo lo contrario. El más casto enamorado del que se nos da noticia en el prólogo de la Primera Parte triunfa por fin y con él el valiente caballero, cuya fama atestiguaban los habitantes del campo de Montiel aunque los lectores no pudiéramos compartir antes tal afirmación. Pero ahora sí, ahora en el que para mí es el pasaje más conmovedor del libro, don Quijote pide la muerte antes de renunciar a sostener que “Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo.” Tras recuperar así su valor, se convierte, ya para siempre, en un héroe. En la playa de Barcelona, frente al Mediterráneo, en la octava de San Juan, consigue por el amor de Dulcinea estar a la altura de lo que de él se esperaba, a la altura de las circunstancias.

¿Cambiaría algo en la interpretación de los episodios catalanes si verdaderamente pudiéramos probar que Cervantes estuvo en Barcelona? A mi juicio, no. Saber a ciencia cierta que residió en Sevilla, que vivió a orillas del Guadalquivir, que la visitó en varias ocasiones no modifica en absoluto la visión que de esa ciudad nos ofrece. La constatación de sus vivencias catalanas poco podría añadir al favor que, gracias a Avellaneda, nos hizo a los barceloneses, al convertir Barcelona en ciudad literaria ya en el siglo XVII. Y ya que eso sucedió en el terreno de la ficción, mucho menos imperecedero que el de la realidad, en el mismo terreno, una leyenda urbana, a mi juicio, muy poco fiable, cuenta que en el número 2 del Paseo de Colón vivió Cervantes. Desde allí contempló el mar, las galeras, el fuerte de Monjuic, e incluso, como asegura, rizando el rizo, una guía turística francesa de reciente publicación, escribió el *Quijote*. Pero a la postre poco importa... A mí, me encanta esa incertidumbre porque de este modo se establece una simetría: Cervantes comienza su novela con una referencia a un innominado “lugar de la Mancha” de cuyo nombre no quiere –¿o no puede, desmemoriado, quizá?– no, no le da la gana acordarse y termina con una alusión concreta y precisa a Barcelona. Pero él sí conocía la Mancha y tal vez, en cambio, nunca había pisado Barcelona, en cuyo playa, por cierto, habría desembarcado si la galera Sol no hubiera sido abordada cerca de la costa de Rosas de regreso a España. Pero esa prevista última escala barcelonesa nunca pudo llevarse a cabo. Barcelona se trocó por Argel. Aunque cabe lamentar todavía el cautiverio de Cervantes, está claro

29. *Para leer a Cervantes*, Op. cit., p. 207.

que sin sus años de confinamiento en el norte de África, el rumbo de su vida hubiera sido distinto y quizá nunca hubiera pensado siquiera en escribir el *Quijote*.

#### **Resumen**

El artículo “Cervantes, el Quijote y Barcelona (Hipótesis de una estancia barcelonesa de Cervantes en 1571)” trata de establecer la posibilidad del paso de Cervantes por Barcelona en 1571 con las tropas de Miguel de Montcada rumbo a Lepanto. Serían esos recuerdos barceloneses (fiestas de San Juan, entrada de don Juan de Austria en la ciudad) los que en el verano de 1614, le servirían para enderezar el rumbo del *Quijote* trayendo a su héroe a tierras catalanas después de leer la continuación de Avellaneda.

**Palabras clave:** Barcelona, biografía, cautiverio, Lepanto, testigos.

#### **Summary**

The paper “Cervantes, the Quixot and Barcelona (Hypotesis of Cervantes’ stage in Barcelona in 1571)” tries to stablish the possibility of Cervantes visit in Barcelona in 1571 with the soldiers of Miguel de Moncada when they were leaving for Lepanto. Theses remembrances (the feast of San Juan, the arrival of Sir Juan of Austria to the city) would help him to readress his book, by making his hero visit Catalonia. This would happen in the summer of 1614, after reading Avellaneda.

**Key words:** Barcelona, biography, captivity, Lepanto.